



DAVID LEZAMA

Educador del Museo
de Bellas Artes de Caracas

*Estar y trabajar en un
Museo es un privilegio*

*Texto: Nany Goncalves y Rebeca Guerra
Fotografías: Cortesía de David Lezama*

¿Cuántos años tienes trabajando en el Museo?

Tengo 19 años trabajando en el Museo de Bellas Artes. Empecé como Informador de sala y al año y medio pasé a formar parte del Departamento de Educación asumiendo el cargo de Guía Docente.

¿Recuerdas haber visitado otros museos antes de trabajar en el MBA?

Cuando era niño mi mamá nos llevaba al Museo de Ciencias. Luego siendo un adolescente, mientras paseaba por Parque Central, descubrí de manera fortuita el Museo de Arte Contemporáneo, allí me dí cuenta que no todos los museos eran iguales y eso despertó aún más la curiosidad de conocerlo.

¿Cómo llegaste a trabajar en el Museo?

En principio el Museo de Bellas Artes no me llamaba la atención, el espacio físico del edificio me resultaba poco atractivo. Un compañero de clases de Diseño Gráfico, quien trabajaba en el MBA como Informador de Sala, siempre me hablaba de la colección. Gracias a él comencé a visitar el Museo con más frecuencia. Descubrir el hermoso jardín que estaba detrás de la fachada me invitó a recorrer sus salas expositivas, hasta encontrarme con la colección egipcia que en esa época estaba expuesta en los descansos de las rampas, me parecía maravilloso que Venezuela tuviera una colección así.

Entré al mundo del Museo no porque en mi familia hubiera artistas, sino por un interés propio y a través de mí amigo comencé a verlo como una posibilidad. Siempre me pareció interesante el trabajo que él hacía porque tenía esa conexión directa con el arte. Recuerdo que me costó muchísimo entrar, pero cuando uno quiere, las cosas se dan. Así que insistí hasta que un día el Jefe de Seguridad, el Sr. Eligio Díaz, me llamó para una entrevista y me mayor sorpresa

fue que a los pocos días ya formaba parte del MBA. Hasta entonces trabajaba en el Instituto de Biomedicina del Hospital Vargas como transcriptor de datos.

¿Cómo fue el cambio al Departamento de Educación?

Al transcurrir casi dos años trabajando como Informador de Sala, sentía la necesidad de un cambio porque, aún cuando tenía contacto con muchos visitantes que venían de todas partes de Venezuela y de otros países, mí labor se limitaba a custodiar la valiosa colección del Museo. En ese momento un grupo de Guías Docentes del Departamento de Educación renunció a su cargo. Tuve la fortuna de ser seleccionado junto con otros compañeros para atender temporalmente las visitas programadas para el mes de agosto.

No teníamos experiencia en la atención de grupos numerosos y José Ignacio Herrera, quien era el Jefe del Departamento de Educación, nos dió un curso intensivo de cómo abordar una obra de arte y toda la metodología para establecer un diálogo entre la obra y el público. Al cabo de ese mes ya era un hecho mí permanencia en el Departamento de Educación.

¿Cómo fue tu experiencia como Guía Docente ?

Fue intensa, porque implicaba diseñar diferentes estrategias y planificar actividades adaptadas a cada grupo atendido. Un niño viene con muchas expectativas y cuando tú le enseñas que hay otras formas de mirar y hacer un dibujo, esto le queda grabado como una huella. Siempre les digo a los niños que cuando leen un libro construyen imágenes. Cuando están frente a una obra de arte el proceso es a la inversa, es decir a partir de las imágenes nacen las palabras. La dinámica con los adultos es muy diferente, aún cuando puedan existir puntos en común, como la capacidad de sorpresa frente a la obra.

Cada visita representaba un reto y una experiencia ganada. Al terminar con la visita, inmediatamente analizaba los resultados y hacía una suerte de inventario de todas aquellas cosas que consideraba positivas. En definitiva es en la práctica donde tu aprendes realmente. Poco a poco fui fortaleciendo esa interacción con grupos.

¿En qué programa trabajas actualmente?

Después de desempeñarme como Guía de Sala, Guía Docente y luego como Coordinador del Programa Pensamiento Visual (PPV), llegó la oportunidad de trabajar en el Servicio de Oncología del Hospital de Niños J.M. de los Ríos, a través del Programa Arte y Salud que lleva a cabo el Departamento de Educación del MBA.

Este programa tiene como objetivo mejorar la calidad de vida de los pacientes con cáncer, utilizando el arte como medio terapéutico no farmacológico. Por lo general las actividades se desarrollan en la Sala de Quimioterapia, justo en el momento en que los pacientes reciben tratamiento. Es importante destacar que las actividades no solamente están enfocadas hacia los niños, niñas y adolescentes, sino que también involucran a los representantes que los acompañan. Es un trabajo interesante que requiere tener mucha fortaleza por la condición física de los pacientes.

El equipo está conformado por Ysabel Cristina, tallerista contratada por el Museo; el Dr. Jesús Pereira, Jefe del Servicio de Oncología; Mildred Gazagui, docente; y la psicóloga Adelina Hernández ambas adscritas a la Escuela Hospitalaria de esta institución médica.

¿Hay algún recuerdo o experiencia especial de estos 19 años?

Hay muchos recuerdos que he acumulado durante todo este tiempo. Sin embargo menciono uno en particular, una actividad interactiva que hicimos con especialistas del Centro George Pompidou invitados por José Ignacio

Herrera, Jefe del Departamento de Educación. Fue una experiencia muy interesante que se desarrolló durante una semana y me permitió tener otra mirada del museo.

Las personas que participamos en el taller recorrimos el museo en toda su extensión, caminamos descalzos, logramos aproximarnos y crear otras relaciones más allá de lo cotidiano. Hacernos ver que el museo como contenedor también es una obra de arte. Eso nos ayudó a conectarnos con el espacio físico del museo y a transmitirlo al público que generalmente llega, recorre y se va.



En las salas del MBA

¿Una obra de la colección, un espacio, un personaje, una exposición?

Una obra: *El Clarinetista* de Henry Hayden (Sala Cubista), siempre atrapo mi atención el personaje fragmentado que se conecta con el instrumento, con el jazz.

Un espacio: el Jardín de Esculturas, yo veía la fachada del Museo pero cuando descubrí el jardín me atrapo.

Un personaje: la Curadora Iris Peruga, es para mí una persona muy significativa porque contribuyó a estrechar mi relación con el Museo y su colección.

Una exposición: *La Casa de la Interperie*, *El corazón sangrante*, y la exposición fotográfica de *Werner Bischof*, porque forman parte de mi primera etapa en el Museo de Bellas Artes.

¿Qué te ha dado el Museo como profesional?

El estar en un espacio tan emblemático como el MBA representa para mí un valor agregado que de pronto otras personas no lo tienen. Definitivamente estar y trabajar en un museo es un privilegio.

¿Cómo influyó el Museo en tu vida personal?

Creo que las cosas no son casualidad sino causalidad. Trabajar en un Museo fue un cambio importante para mí, me hizo ver que uno también forma parte del arte, uno de alguna u otra manera también hace arte cuando dialoga con una obra, porque estás construyendo una imagen.

El MBA despertó en mí otros intereses, trabajando en él me di cuenta que si de niño hubiese tenido la oportunidad de entrar a un Museo y encontrarme con una persona que lo ama y transmite esa pasión, hubiese sido una experiencia muy distinta. Por eso cuando trabajo con niños trato de construir una idea, un detalle que se convierta en una huella, una memoria. Es una gran satisfacción volver a encontrarte con ese niño y saber que lograste transmitirle esa pasión.

¿Por qué y para qué ir a un Museo?

Porque representa la memoria colectiva de un país. Es en definitiva una suerte de libro abierto.



Trabajando con los niños del Hospital J.M. de los Ríos